



MICKAËL CORREIA

Una historia popular del fútbol

PRÓLOGO DE CARLES VIÑAS
TRADUCCIÓN DE IRENE ARAGÓN

MICKAËL CORREIA

UNA HISTORIA POPULAR DEL FÚTBOL

Prólogo de Carles Viñas



MECANOCLASTIA, 9

Título original: *Une histoire populaire du football*, 2018

Primera edición en Hoja de Lata: mayo del 2019

Segunda edición: junio del 2019

Director de la colección Mecanoclastia: David Becerra Mayor

© Éditions La Découverte, París, 2018

© de la traducción: Irene Aragón, 2019

© del prólogo: Carles Viñas, 2019

© de la imagen de la portada: *Portero de fútbol*, Valentín Vega, 1945.

Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2019

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección de pruebas: Textosfera S. L.

ISBN: 978-84-16537-97-6

Depósito legal: AS 00445-2019

Esta obra se benefició de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut Français.

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN. Campos de fútbol, campos de batalla

I. DEFENDER. Resistencias obreras contra el orden burgués

1. Y SE HIZO EL FÚTBOL. Balones rebeldes y control social
2. NORMALIZAR EL CUERPO, MODELAR EL ESPÍRITU. El nacimiento de un deporte industrial
3. EL JUEGO DEL PUEBLO. El fútbol como rasgo cultural de la working class
4. LAS MUNITIONNETTES. La epopeya de las primeras futbolistas británicas
5. CLASE CONTRA CLASE. El fútbol obrero en Francia, ampliación del campo de batalla

II. ATACAR. Al asalto de las dictaduras

6. «UNA PEQUEÑA FORMA DE DECIR “NO”». Italia, urss, España: los estadios en los regímenes totalitarios
7. LOS PIES EN EL BALÓN FRENTE A LA MANO DE HIERRO. Resistencias futbolísticas a la dominación nazi
8. LA «DEMOCRACIA CORINTHIANA». Fútbol y autogestión contra la dictadura brasileña
9. EN PRIMERA LÍNEA, LA PLAZA TAHRIR. Los Ultras Ahlawy en el centro de la revolución egipcia del 2011

III. DRIBLAR. Burlar al colonialismo

10. LOS ONCE DE LA INDEPENDENCIA ARGELINA. Luchar por la libertad con las botas puestas
11. CUANDO PALESTINA OCUPA EL TERRENO. El fútbol, un arma política en manos del pueblo palestino

12. DRIBLAR, UN ARTE DE LA DESCOLONIZACIÓN. Identidades afrobrasileñas y resistencias indígenas en el fútbol
13. DEJAR AL COLONIALISMO FUERA DE JUEGO. Fútbol y lucha por la emancipación en el África subsahariana

IV. ANIMAR. Pasiones colectivas y culturas populares

14. YOU'LL NEVER WALK ALONE. Hooliganismo y subculturas de estadio en Gran Bretaña
15. EL DUODÉCIMO HOMBRE. El movimiento ultra italiano: del militantismo político a la autonomía de los aficionados
16. «DIOS Y EL DIABLO». Maradona, entre la pasión popular y el culto de los aficionados
17. «SOMOS AMANTES, NO COMBATIENTES». Los ultras de Estambul frente al poder turco

V. ESCAPAR. Ante la industria del fútbol: luchar e inventar

18. ¡EL FÚTBOL PARA LOS FUTBOLISTAS!. De Mayo del 68 al motín de los aficionados
19. ROBARLE EL BALÓN AL SEXISMO. El fútbol femenino contra el patriarcado deportivo francés
20. «ESTO ES FÚTBOL PUNK». Clubes cooperativistas y accionariado popular en Inglaterra
21. JUGAR EN EL ALA IZQUIERDA. El FC St. Pauli de Hamburgo o los piratas del negocio del fútbol
22. BALONES SALVAJES, BALONES AL MARGEN. El fútbol callejero a contrapié del fútbol institucional

SOBRE EL AUTOR

PRÓLOGO

Vivimos tiempos de tinieblas. De reconfiguración del orden mundial al amparo de la pugna por la hegemonía en plena posguerra fría. El capitalismo más desbocado avanza sin frenos invadiendo la cotidianeidad de millones de personas en todo el mundo. Nada resta ajeno a la vorágine consumista y mercantilizada que todo lo impregna. El fútbol tampoco se queda al margen. Desde la década de los noventa venimos siendo testigos de un proceso de espectacularización del fútbol en clave comercial que prioriza los réditos económicos. La historia, la tradición, los valores o el trasfondo social de clubs y entidades han pasado a un segundo término. También se han visto marginados los jugadores. Excluidos por este fútbol moderno que todo lo corrompe y parece no tener límites.

Estamos en una época de resultados, donde solo las victorias, los títulos o las audiencias entendidas como fuentes recaudatorias de publicidad millonaria son sinónimos de éxito. Un periodo que el técnico argentino Marcelo Bielsa sintetiza en una de sus máximas: «El mundo del fútbol cada vez se parece menos al aficionado y más al empresario». Por eso este libro es más necesario que nunca.

El fútbol tiene un sustrato inseparable que lo arraiga a su entorno más inmediato, un trasfondo sociopolítico que nos permite comprender la evolución de una rivalidad, la historia de una ciudad o un país, contextos políticos concretos, determinadas realidades sociales, iniciativas sociales, manifestaciones políticas, localismos o, incluso, el establecimiento y la

perpetuación de regímenes dictatoriales... Hay vida más allá del fútbol de los negocios, eso es lo que nos muestra Mickaël Correia en este libro. Una panorámica exhaustiva, en clave sociopolítica, del deporte con más seguimiento en todo el mundo. Una historia silenciada, demasiadas veces apostada, que rompe con tópicos cínicos y, en el peor de los casos, difundidos desde la más absoluta ignorancia.

En esta historia popular del fútbol el autor nos acerca a aquello que verdaderamente otorga trascendencia social a este deporte. Un recorrido histórico documentado hilvanado en un relato sólido que nos permite adentrarnos en las raíces populares de fútbol desde su concreción británica en clave contemporánea. Un viaje fascinante que nos llevará de la Inglaterra victoriana a la Palestina ocupada, del graderío del Camp Nou a la Primavera Árabe, o de la Algeria colonial al Hamburgo más combativo. Un recorrido que nos permite comprender por qué el fútbol es el deporte rey.

El balón comienza a rodar gracias a unos *sportsmen* de procedencia acomodada que entienden la práctica futbolística como un privilegio propio de las élites. Pero muy pronto, la incorporación de las clases populares como consecuencia de la industrialización convertirá a este deporte en un fenómeno de masas vinculado, además, a la clase trabajadora, como ejemplifica el capítulo sobre la eclosión del fútbol obrero en Francia durante el primer tercio del siglo xx.

Reflejo de la lucha de clases, medio de emancipación femenina durante la Gran Guerra, cobijo de resistencias diversas, refugio de identidades durante el colonialismo... El fútbol no son solo goles, jugadas, tragedias, plasticidad, victorias o desencantos. Tampoco es solo lucro, beneficios y dinero. El fútbol es mucho más que todo eso. Es una metáfora social que nos ayuda a comprender el mundo que nos rodea, sus conflictos, la alta diplomacia, los

flujos migratorios, los episodios de racismo o las luchas colectivas, sociales, feministas, sindicales o nacionales. Correia nos lo describe a través de un relato ágil y bien estructurado que nos permite recorrer la evolución de este deporte desde una óptica global. De Río de Janeiro a Soweto, pasando por Barcelona, Dakar, París o El Cairo. De las favelas a las *townships*, de las plazas Tahrir o Taksim a Marassi o al East End. De la vinculación a la autonomía obrera de los primeros ultras italianos al menosprecio que sufren los futbolistas negros en el Congo belga, del fútbol con pasamontañas en el México zapatista a las restricciones que viven los jugadores y clubs palestinos.

Este es, por tanto, un libro imprescindible en los tiempos que corren. En medio de la oscuridad que empaña al fútbol de los negocios se hace más necesario que nunca conocer en esencia el trasfondo que ha determinado y caracterizado la evolución y popularización de este deporte desde su concepción moderna, en la Inglaterra del siglo XIX, hasta la actualidad. No es únicamente un libro dirigido a los amantes del fútbol. No encontraréis en él estadísticas, marcadores, palmarés de clubs o de selecciones ni goleadores. En realidad, el fútbol es el subterfugio que emplea Correia para explicar un periodo histórico concreto, que abraza buena parte de la Edad Contemporánea desde un punto de vista social, popular y político. Una obra en la que fútbol y política no se mezclan, sino que son inherentemente inseparables sin más.

Carles Viñas

INTRODUCCIÓN

CAMPOS DE FÚTBOL, CAMPOS DE BATALLA

«Creado por el pobre, robado por el rico.»
Banderola desplegada por los seguidores del
Club Africano de Túnez durante un partido
contra el Paris Saint-Germain
el 4 de enero del 2017

Lo lamentemos o no, nos encontramos ante un hecho indiscutible: el fútbol mundializado, paradigma del deporte-mercancía y de la cultura de masas, refleja con más claridad que nunca los extravíos del capitalismo desenfrenado. Los grandes clubes se han convertido en «marcas». Es el caso, por ejemplo, del FC Barcelona, recientemente comparado por uno sus directivos en tono jocosos con la Disney: «Ellos tienen a Mickey Mouse y nosotros a Lionel Messi. ¿Ellos tienen Disneylandia? Nosotros tenemos el Camp Nou. Ellos hacen películas, nosotros producimos contenidos. Ya no nos preocupamos por lo que hacen otros clubes porque ahora nuestros referentes pertenecen a otros universos...».¹

Por cínico que pueda parecer, este responsable no está del todo equivocado. Hoy en día los partidos se consideran un entretenimiento comercial. Los aficionados se han convertido en simples consumidores y los clubes intentan atraer a la clientela que mejor paga. Los estadios, en el centro de la estrategia comercial de los clubes de élite, se asemejan ahora a parques de atracciones que pretenden ser a la vez espacios familiares hiperprotegidos. En Inglaterra, los abonos más económicos de la Premier

League rondaban los 600 euros en el 2015. Un precio desorbitado que evidencia la vertiginosa mercantilización del fútbol: entre 1990 y 2011, el precio de las entradas menos onerosas para acceder al estadio Anfield Road de Liverpool, localidad obrera del norte del país, aumentó en un 1108 %.² En Barcelona como en Liverpool, en París como en Milán, la sociología de las gradas está evolucionando. «Ya no conozco a la gente que está conmigo en las gradas —se admira un viejo aficionado del Barça—. La mitad son desconocidos, todos los fines de semana hay gente distinta».³ Esta brusca gentrificación de los estadios corre pareja al desinterés de las clases populares que, desterradas de los recintos deportivos, se ven obligadas a seguir los partidos a través de la pantalla.

La conversión de los clubes en sociedades financieras hace que se dispare el coste de los traslados y de los salarios de los jugadores, alcanzando sumas tan extravagantes que ya no se sabe a qué realidad económica corresponden. El *namings*, práctica que consiste en bautizar una competición o un estadio con el nombre de un patrocinador, se está generalizando. En Francia, por ejemplo, en el 2016 la segunda división del campeonato pasó a llamarse Domino's Ligue 2, en honor al nombre de la cadena norteamericana de pizzas industriales, poco antes de que el primer nivel nacional de fútbol cambiara su denominación por la de Ligue 1 Conforama, marca de una cadena de mobiliario perteneciente a un grupo sudafricano. De igual modo, los estadios más prestigiosos de Europa se transforman poco a poco en estandartes publicitarios para las multinacionales, como ha ocurrido con el Allianz Arena del Bayern de Múnich o con el Emirates Stadium del Arsenal.

Los valores que vehicula el fútbol profesional tampoco son mucho más honorables. Con demasiada frecuencia, las ligas exacerban un chauvinismo viril y vengativo, y fomentan el culto a las estrellas del esférico, convertidas a

su vez en soportes publicitarios y en valores especulativos. Los insultos racistas, sexistas u homófobos son frecuentes no solo en las gradas, sino también en los aterciopelados pasillos de las federaciones nacionales.⁴ A nivel institucional, desde las revelaciones del «FIFA Gate» la corrupción que gangrena las altas esferas del fútbol ya no es un secreto para nadie. En mayo del 2015, siete altos cargos de la Fédération Internationale de Football Association (FIFA) fueron detenidos a petición de la justicia estadounidense y acusados de extorsión, fraude y blanqueo de capitales. Las sospechas de corrupción afectan sobre todo a las condiciones de adjudicación de las Copas del Mundo.

En líneas generales, las consideraciones éticas distan mucho de ser una prioridad para la autoridad internacional del fútbol. Cuarenta años después de haber confiado la organización del Mundial de 1978 a una Argentina dirigida por la junta militar del general Jorge Rafael Videla, la adjudicación de las Copas del Mundo del 2018 y el 2022 a Rusia y a Qatar prueba una vez más que la FIFA sabe ser indulgente con los regímenes autoritarios mientras pongan suficiente dinero encima (o por debajo) de la mesa...

LA OTRA CARA DEL FÚTBOL

Pese a este alarmante panorama, el fútbol sigue suscitando un increíble entusiasmo popular. Cada día reúne a millones de jugadores y jugadoras para entregarse a los goces del balón. De manera organizada, dentro de un club de fútbol, o de forma improvisada, sobre el asfalto de las ciudades o sobre un terreno cualquiera en el campo, chutar el balón es una experiencia casi universal, que trasciende las nacionalidades y las generaciones, y aunque se trate de un hecho menos conocido, también los géneros: en el 2014, las instancias oficiales estimaban en 30 millones la cifra total de

mujeres futbolistas en el mundo.⁵ En cuanto al entusiasmo de los aficionados, se da cita cada fin de semana tanto tras la barandilla de los terrenos municipales como en el graderío de los mejores clubes profesionales. Y, aficionados de toda la vida o entusiastas de una noche, los telespectadores que asisten a los encuentros entre las selecciones internacionales más prestigiosas se cuentan por miles de millones.

El poder de atracción del fútbol se debe a su simplicidad. Sus reglas básicas son particularmente sencillas y desde su primera codificación en 1863, las «17 reglas» que rigen este deporte solo han cambiado marginalmente. Además, su práctica necesita de muy pocos medios: una pelota, que puede ser rudimentaria, y un terreno de juego, que puede improvisarse fácilmente: un trozo de calle, un solar... Esta gramática elemental, que ofrece una sorprendente libertad, permite una multitud de formas de jugar y, en consecuencia, hace del fútbol un deporte del que todos y todas pueden apropiarse con facilidad. Chutar el balón proporciona así un placer elemental, cuyo mecanismo reside principalmente en el espíritu de equipo, en la circulación del balón entendida como una obra colectiva, en la implicación del cuerpo en la confrontación o incluso en la búsqueda estética de un «juego bonito». Como solía decir Sócrates, jugador brasileño célebre por su compromiso político: «Lo primero es la belleza, la victoria viene después. Lo importante es la alegría».

Como espectáculo, la popularidad del fútbol proviene de su fuerza dramática. Cada partido respeta las tres unidades del teatro clásico: unidad de lugar (la cancha de fútbol), unidad de tiempo (la duración del partido) y unidad de acción (todo el encuentro se desarrolla delante del público).⁶ Cada partido es una trama de gran intensidad dramática cuyo desenlace se escribe ante la mirada de los espectadores atentos al

movimiento de un balón por el que luchan dos equipos. Durante un partido podemos pasar en pocos segundos del júbilo a la decepción, del miedo a la esperanza, de la ira al sentimiento de injusticia. «El fútbol es la emoción de la incertidumbre más la posibilidad de la diversión», resume admirablemente el exjugador internacional argentino Jorge Valdano.⁷ En ocasiones, el calendario de encuentros internacionales llega incluso a esbozar el perfil de una memoria compartida. La inesperada derrota de Brasil frente a Uruguay en la final del Mundial de 1950 sigue siendo un trauma colectivo para la sociedad brasileña. Y en Francia, todo el mundo conserva recuerdos de la victoria del equipo nacional, el 12 de julio de 1998, en la final de la Copa del Mundo.

La tensión entre esos «dos fútbols», el que se somete a la lógica mercantil y autoritaria y el que se emancipa de ella, se remonta a los orígenes de este deporte. Concebido a mediados del siglo XIX en una Inglaterra por entonces en plena revolución industrial, el fútbol es el resultado de la regulación de los juegos populares de pelota que se practicaban desde la Edad Media. La codificación de estos juegos por parte de las instituciones académicas de las élites británicas hizo que el fútbol, aún naciente, pasase a formar parte del arsenal pedagógico victoriano: en aquella época su objetivo era el de disciplinar a la juventud burguesa e insuflar en ella el sentido de la iniciativa y de la competitividad necesarios para el desarrollo del capitalismo industrial y del proyecto colonial.

Pero el fútbol conquistó rápidamente a las clases populares. Promovido por un patronato británico especialmente paternalista, que veía en este deporte un medio para instruir a la *working class* en el respeto a la autoridad y en la división del trabajo, el fútbol se extiende como un reguero de pólvora. Al hacerlo, se libera de la tutela patronal: aunque concebido por los

patronos de la industria como una forma de controlar a sus obreros y distraer su atención de las luchas sociales, el balón también contribuye al nacimiento de una sólida conciencia de clase. Su práctica semanal en los terrenos de las fábricas arraiga el placer de jugar y forja nuevos vínculos sociales. Aunque el nacimiento de las primeras competiciones y de los clubes profesionales se efectúa bajo la égida de los emprendedores industriales, el equipo de fútbol local refuerza entre los trabajadores el sentimiento de orgullo y pertenencia a un mismo barrio y, por ende, a una misma comunidad obrera. Las tardes de sábado trascurridas en las gradas del estadio, las victorias alegremente celebradas en el pub, las conversaciones en la fábrica sobre el desempeño del equipo o sobre la contratación por los clubes de futbolistas obreros enraízan la pasión por el balón en la cultura obrera. Para el historiador Eric Hobsbawm, a partir de 1880 el fútbol encarna «una religión laica del proletariado británico», con su iglesia (el club), su lugar de culto (el estadio) y sus fieles (los aficionados).⁸

Mientras el fútbol se convierte en un rasgo fundamental de la identidad obrera urbana, la expansión geográfica del Imperio británico y el desarrollo industrial de la economía europea contribuyen a la mundialización de este deporte en los albores del siglo xx. En 1918 el intelectual marxista Antonio Gramsci, en las crónicas turinesas publicadas en *Avanti!*, ya analizaba el fútbol como revelador de la hegemonía cultural conquistada por la burguesía capitalista.² Pero en paralelo a este fútbol dominante, cuya importancia será cada vez mayor dentro de la sociedad de consumo, se construye, *desde abajo*, otro fútbol, gracias a su difusión en el seno de las clases populares.

SOCIAL FOOTBALL CLUB

Este otro fútbol, menos mediatizado, es el objeto de la presente obra. A contracorriente de los críticos radicales del deporte que, sin matices, describen el fútbol como un nuevo «opio del pueblo» y contemplan con condescendencia a los millones de apasionados por este deporte considerándolos como una masa indistinta de alienados, este libro invita a descubrir lo que el fútbol tiene de subversivo, y a interesarse por todas aquellas y aquellos que han hecho de él una herramienta de emancipación. A lo largo de la historia, de un extremo al otro del planeta, el fútbol ha sido el crisol de numerosas resistencias al orden establecido, ya sea patronal, colonial, dictatorial, patriarcal o todo ello a la vez. Asimismo, ha permitido la aparición de nuevas formas de lucha, de entretenimiento, de comunicación; en una palabra: de existencia.

Para sacar a la luz esta historia, hasta ahora mal conocida, la presente obra no sigue una cronología estrictamente lineal. Los veintidós capítulos que la componen hacen circular la narración, como si fuera un balón, a través de este inmenso campo de batalla que es el «planeta fútbol», desde Manchester hasta Buenos Aires, desde Dakar hasta Estambul, de São Paulo hasta El Cairo, de Turín a Gaza... Necesariamente sinuosa y fragmentaria, esta historia popular del esférico también tiene el propósito de conceder la palabra a los protagonistas de esta epopeya, tanto en el estadio del Barça bajo el yugo franquista como en las canchas de fútbol sudafricanas durante las horas más sombrías del *apartheid*; en los clubes obreros franceses del periodo de entreguerras como en las comunidades zapatistas de Chiapas de la década del 2000.

Este libro, en resumen, se interesa tanto por el fútbol marginal y contestatario como por el fútbol institucional y profesional. Rastrear la historia popular de este deporte conlleva dejar atrás la dicotomía entre fútbol «informal» y fútbol «convencional». Desde el origen de este deporte,

los «ricos» y los «pobres», las «élites» y el «pueblo», los «dominadores» y los «dominados» se han disputado el balón. Pero no por ello debemos imaginar una frontera estanca entre estos dos fútbols. Por el contrario, la línea que los separa es porosa e inestable. La historia del fútbol es una historia de recuperaciones y reinventaciones constantes. Ayer, la *working class* británica se apropiaba del fútbol de la burguesía victoriana. Hoy, los clubes millonarios compran a precio de oro jugadores procedentes de barrios desfavorecidos, los regímenes autoritarios intentan canalizar en su provecho las pasiones futbolísticas y las multinacionales aprovechan los códigos del fútbol callejero para vender sus zapatillas de deporte. Pero la lucha continúa: los aficionados expulsan de sus clubes a los especuladores salvajes o se levantan contra las dictaduras, poco a poco las futbolistas ponen al patriarcado fuera de juego y los jugadores aficionados multiplican los cortes de mangas a las instancias profesionales.

Esbozando un nuevo imaginario político, muy alejado del que impone la cultura futbolística dominante, la presente obra apuesta por que el fútbol siga siendo, ante todo y pese a todo, una extraordinaria herramienta para recuperar el poder sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. En un momento en el que el liberalismo económico atomiza al individuo y convierte cada uno de nuestros gestos sociales en fuente de provecho económico, el fútbol aún es sinónimo de generosidad compartida y continúa siendo una práctica en la que el gesto que se puede calificar de «hermoso» es por antonomasia no rentable, y en el que la realización individual de cada jugador está supeditada al movimiento colectivo del equipo. Como dice la letra del mítico himno del Liverpool FC *You'll never walk alone*, «aunque tus sueños sean maltratados y el viento se los lleve / sigue caminando, sigue caminando con esperanza en el corazón / y nunca caminarás solo».

1. Citado en Florent Torchut, «Le Barça, une marque mondiale qui agace les socios», *L'Équipe*, 18 de agosto del 2017.
2. «Price of football: Full results 2015», *BBC News*, 14 de octubre del 2015; David Conn, «The Premier League has priced out fans, young and old», *The Guardian*, 16 de agosto del 2011.
3. Citado en Florent Torchut, o. cit.
4. En el 2011, la Federación Francesa de Fútbol había considerado la posibilidad de instaurar cupos étnicos discriminatorios en sus centros de formación, con el fin de limitar el número de jugadores con doble nacionalidad originarios de países magrebíes o subsaharianos.
5. fifa, *Enquête sur le football féminin*. Informe sintético, 2014, p. 50.
6. Christian Bromberger, Alain Hayot y Jean-Marc Mariottini, «Allez l'O. M., Forza Juve. La passion pour le football à Marseille et à Turin», *Terrain*, n.º 8, 1987, p. 8-41.
7. Citado en *So Foot*, n.º 150, octubre 2017, p. 22.
8. Eric Hobsbawm, «La culture ouvrière en Angleterre», *L'Histoire*, n.º 17, noviembre 1979, p. 22-35.
9. Paul Dietschy, *Histoire du football*, Perrin, París, 2010, p. 10.

I
DEFENDER

**RESISTENCIAS OBRERAS CONTRA EL ORDEN
BURGUÉS**

1

Y SE HIZO EL FÚTBOL

BALONES REBELDES Y CONTROL SOCIAL

«Con pie ligero hacer brillar el polvo en un rayo de sol,
ver por los prados rebotar la turgencia del balón.»

Pierre de Ronsard, *El soto real*, 1584

«¡Tú, vil jugador de fútbol!»
El conde de Kent al rey Lear,

en *El rey Lear*, William Shakespeare, 1606

«Mientras el rey nuestro señor marcha hacia el país de Escocia en su guerra contra los enemigos, nos encomienda con especial cuidado que mantengamos escrupulosamente la paz [...] y como hubiere gran alboroto en la villa, causado por cierto tumulto provocado por juegos de fútbol en la vía pública que pueden provocar numerosos entuertos —de ello nos guarde Dios—, decidimos y prohibimos, en nombre del rey, bajo pena de prisión, que dichos juegos sean practicados de ahora en adelante en la ciudad», decreta en abril de 1314 Nicholas de Farndone, lord alcalde de Londres.¹⁰ Promulgada en nombre del rey Eduardo II de Inglaterra, esta disposición se extiende a otras ciudades de la corona bajo el reinado del heredero al trono, Eduardo III, quien reitera en tres ocasiones este edicto en contra del esférico. En un país asolado por la peste negra y a punto de sumirse en la guerra de los Cien Años, las primeras alusiones históricas a la práctica del fútbol están íntimamente ligadas al restablecimiento del orden público, y el belicoso Eduardo III incita a sus súbditos a dedicarse al tiro con arco y a otros

ejercicios de carácter militar, en lugar de a los turbulentos «juegos de *foeth ball*». En las descripciones de juegos de pelota del siglo XIV al XIX aparece repetidamente una misma serie de prácticas que, presentes en toda Gran Bretaña y en el noroeste de Francia, son denominadas, en inglés, *folk football* (o *mob football*), y en francés, *soule* (o *choule*). Aunque existen menciones a juegos de pelota colectivos desde la Antigüedad griega —la *sphairomachia* y el *episkyros*— y más adelante, durante el Imperio romano —el *harpastum* de los legionarios—,¹¹ los orígenes de este protofútbol tan denostado por las autoridades reales permanecen no obstante oscuros.¹² El etnógrafo Émile Souvestre, que describió de forma detallada los partidos de *soule* en la Baja Bretaña del siglo XIX, asegura que «este ejercicio es un vestigio del culto que los celtas rendían al sol. El balón, por su forma esférica, representaba al astro diurno; lo lanzaban al aire como para hacerlo tocar dicho astro, y cuando volvía a caer a tierra se lo disputaban como si se tratase de un objeto sagrado».¹³ La voz *soule* vendría pues del céltico *heaul*, sol, modificado por los romanos en *seaul* o *soul*, pero también podría proceder perfectamente de la palabra latina *solea*, que designa, más humildemente, la sandalia romana.

Aunque las primeras trazas del juego del fútbol aparecen por intermedio de su prohibición, no es descrito como actividad lúdica hasta la segunda mitad del siglo XV, bajo el reinado de Enrique VI de Inglaterra, siempre empañado por una reputación execrable: «Algunos llaman juego de fútbol al juego que los reúne para divertirse juntos. En el juego rural, los jóvenes empujan una pelota enorme, pero no lanzándola por los aires, sino golpeándola violentamente y haciéndola rodar por el suelo, y esto no con la mano, sino con el pie. Es una actividad [...] más vulgar, más innoble y despreciable que cualquier otro tipo de juego, un juego que raras veces se termina sin que se produzca alguna pérdida, accidente o quebranto para los propios jugadores».¹⁴

En Chester, al noroeste de Inglaterra, un archivo municipal de 1540 evoca la costumbre que tenían los zapateros de enfrentarse a los pañeros de la ciudad cada Martes de Carnaval, con un balón de cuero llamado *foutbale*. Pero lejos de celebrar dicha práctica, el documento denuncia a esas «malas gentes» y los «desórdenes» que provocan en la ciudad.¹⁵ En Corfe Castle, en la región de Dorsetshire, la compañía de ciudadanos libres marmolistas celebraba todos los años un partido de fútbol con ocasión del Shrovetide — los tres días que preceden la Cuaresma—. El calendario del juego, que hasta finales de la Edad Media solía organizarse en torno al Martes de Carnaval, parece coincidir en gran medida con el de las festividades cristianas.¹⁶

Por su parte, en 1698 el escritor francés François-Maximilien Misson, en sus *Mémoires et observations faites par un voyageur en Angleterre*, hace alusión al fútbol en términos más amables: «En invierno, el fútbol es un ejercicio útil y agradable. Es un balón del tamaño de una cabeza, y lleno de aire. Los que quieren atraparlo lo golpean por la calle con el pie; mayor ciencia no tiene».¹⁷ Y es que, efectivamente, las reglas de este protofútbol son, por así decir, minimalistas, y varían en función de cada territorio. Dos equipos rivales, y a veces más, deben llevar el balón al campo opuesto sin importar los medios.¹⁸ La pelota con la que se juega, del tamaño de una cabeza, puede ser un balón de cuero relleno con heno, musgo o paja, o una bola de madera o de mimbre. El lugar en el que depositar la pelota para marcar un tanto está indicado por una simple pared, la linde de un campo, la puerta de una iglesia, una marca arbitraria en el suelo o incluso una charca en la que hay que sumergir el balón. El tamaño del campo de juego también es variable: puede tanto limitarse a una pradera como extenderse a la totalidad del territorio de las parroquias rivales. En cuanto al número de participantes en cada equipo, es ilimitado: los jugadores se pueden contar

por centenares. Para terminar, un partido de *folk football* o de *soule* puede durar varias horas o incluso varios días.

Los partidos son casi siempre un asunto masculino: la mayoría de las veces los que se enfrentan son hombres jóvenes, a veces casados contra solteros. Aun así, las mujeres no dudan en lanzarse al juego para ayudar a su equipo a lograr el triunfo.¹⁹ En otros partidos, sobre todo los que se organizan una vez por año en los centros urbanos, se confrontan diferentes gremios. El etnólogo Émile Souvestre describe:

Los más fuertes y ágiles de cada parroquia formaban dos equipos rivales, sin que se tuviera en cuenta el equilibrio numérico entre jugadores. En algunos casos, menos frecuentes, los dos equipos antagonistas estaban constituidos por contingentes de diversas parroquias. Se producían entonces lides impresionantes que se proseguían durante días enteros con un tesón indescriptible, en las que los campeones se contaban por centenares. [...] Se decidía por anticipado en qué condiciones concretas el partido se consideraba como ganado. A veces, para ser declarado vencedor, bastaba con llevar el balón al territorio de la propia parroquia, pero otras veces había que llevarlo a tal o cual pueblo previamente designado; a menudo había que meterlo dentro de una casa, lo que se denominaba «albergar» la *soule*.²⁰

VIOLENCIA POLÍTICA Y JUSTICIA POPULAR

Al margen de la tosquedad que presentan a primera vista estos juegos populares, los partidos de fútbol constituyen un espacio ritualizado en el que la comunidad —lugareña o gremial— consolida su existencia. En el caso de los enfrentamientos entre solteros y casados, el juego podía ser considerado como un rito de iniciación a la virilidad masculina,²¹ aunque también poseía una función integradora dentro del seno de la comunidad rural. Los partidos de *folk football* o de *soule* servían para reforzar un estilo de vida comunitario que ligaba a los individuos tanto en el juego como en

las faenas agrícolas, ya que las cosechas, los planes de siembra y de barbecho eran gestionados de manera colectiva por el conjunto de la aldea. Durante los enfrentamientos, la *soule* se convertía en «un verdadero combate [...] a través de brezales y caminos, pendientes y valles, arroyos y ríos».²² Aunque el campo de juego se establecía al comienzo del encuentro, también podía ampliarse sin problemas durante el transcurso del partido: el conocimiento del propio terreno, así como del terreno del adversario, se volvía entonces fundamental para inclinar el partido a favor del propio equipo.²³ Representación de la vitalidad y de la cohesión social de toda una comunidad, los partidos de fútbol otorgaban la victoria a los que mejor sabían explotar el potencial de su territorio, una poderosa simbología dentro del imaginario campesino. Por último, es de señalar que aquellos rudos partidos de pelota también ofrecían un espacio de transgresión de las jerarquías sociales similar al del carnaval, en el que sacerdotes, nobles, burgueses y otros notables locales se entregaban libremente a este juego del vulgo, aun a riesgo de que la pasión por el balón contaminase a los gentilhombres: en el siglo xvi el poeta Pierre de Ronsard y Enrique II, rey de Francia, practicaban regularmente la *soule* en las inmediaciones de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, en París.

Pese a todo, los juegos de protofútbol eran invariablemente vilipendiados por los observadores, que veían en ellos la expresión de una intolerable violencia física. En *The anatomy of abuses*, de 1583, el panfletario viajero inglés Philipp Stubbs describe el *folk football* como «uno de esos pasatiempos diabólicos practicados incluso en domingo, un juego sanguinario y asesino más que un deporte amistoso. ¿Acaso no se trata de aplastar la nariz del adversario bajo una piedra? No hay más que piernas rotas y ojos saltados. Nadie escapa sin heridas, y el rey del juego es el que mayor número de ellas provoca». Por lo que respecta a la *soule*, «nunca

transcurre sin heridas ni chichones, y los que se entregan a ella pueden considerarse afortunados cuando escapan sin perder un ojo, o sin quebrar brazos o piernas».²⁴ También se contabilizan numerosos ahogamientos cuando los partidos se extienden a superficies de agua o al borde del mar. «No hay más que mandíbulas rotas, costillas hundidas, ojos arrancados, brazos y piernas quebrados en estas terribles luchas», refiere tres siglos después el escritor Hippolyte Violeau evocando los partidos de *soule* bretona.²⁵

No obstante, esta denuncia de la violencia física pasa por alto el hecho de que estos salvajes juegos de pelota permitían purgar rivalidades, e incluso odios, entre individuos o comarcas. Un puñetazo para lavar una afrenta o una envidia, una melé general como forma de poner fin a una discordia entre familiares o vecinos: los juegos de balón constituían una manera original de regular los conflictos entre individuos o poblaciones, un espacio público que propiciaba una justicia a la vez autónoma y popular.²⁶ En ocasiones, la venganza a la que uno podía entregarse durante la efervescencia del juego venía reforzada por una dimensión política. El historiador deportivo Jean-Michel Mehl menciona un partido de *soule* celebrado durante el carnaval de 1369: «En la violencia que ejerce sobre un escudero que participa como él en el juego, Martín el curtidor busca vengarse de la nobleza. Su forma de jugar viene dictada por un reflejo de “clase”. Cuando nos enteramos de que esta *soule* se celebra en el condado de Clermont-en-Beauvaisis, comprendemos claramente las implicaciones de esta historia: se trata de los rencores nacidos de la Jacquerie²⁷ y de su represión, que afloran con motivo de una manifestación lúdica».²⁸ En 1836, la *soule* bretona puede llegar incluso a transformarse en confrontación simbólica y política entre la ciudad, industrial y liberal, y el campo, agrícola y conservador: «A menudo una ciudad entra en liza con una población

rural, y en este caso el combate se envenena con todo el odio del campesino hacia el burgués... Es un duelo de creencias, una batalla entre *chuanes* y republicanos librada con uñas y dientes», refiere Émile Souvestre.²⁹

Las multitudes que se congregaban con motivo de los partidos de fútbol también podían ser exhortadas a la insurrección, sobre todo en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, en pleno periodo de privatización de las propiedades agrícolas, que estaba terminando con el derecho al uso de las tierras. En 1638 se organizó en el condado de Ely, situado en Anglia Oriental, un partido de fútbol con el fin de desbaratar deliberadamente las represas construidas para drenar y transformar en tierras cultivables las marismas comunales (los *fens*) — obras de drenaje que motivaron protestas populares durante el siglo XVII—. ³⁰ En Northamptonshire hay una mención de 1740 a un partido de fútbol que reunió en Kettering a quinientos hombres, que destruyeron un molino privatizado por encargo de lady Betey Jesmaine. Algo similar ocurrió en 1765 en West Haddon, donde los campesinos, disconformes con el vallado de dos mil acres de terrenos comunales, organizaron un encuentro futbolístico *in situ*, que no fue sino un pretexto para arrancar y luego quemar colectivamente las cercas. Cinco jugadores fueron encarcelados, aunque los organizadores de este partido de fútbol contestatario nunca aparecieron. En Holland Fen, en Lincolnshire, tan solo en el mes de julio de 1768 se cuentan no menos de tres motines futbolísticos en los *fens*, que congregaron a doscientos hombres y a varias «mujeres insurrectas». ³¹

Estas prácticas populares, denigradas como simple «pasatiempo violento», ³² movilizan el cuerpo convirtiéndolo en herramienta de regulación de tensiones sociales y políticas. ³³ Como nos recuerda el sociólogo Patrick Vassort, «la *soule* obedece a una dimensión de conflicto; de conflicto entre generaciones, entre clases, entre órdenes, entre pueblos,

entre cantones, entre parroquias. La capacidad de esta práctica para perdurar en el tiempo es una prueba de cuán eficazmente cumplía el papel que se le había adjudicado: el de actuar como justicia popular y creadora inmanente de poderes». ³⁴ Sin embargo, debido a los incontrolables desórdenes que generaban, y a su función de «justicia local autogestionada» al margen poder del Estado y del derecho divino, estos juegos de fútbol se granjearon rápidamente las iras de la autoridad.

ENTRE REPRESIÓN Y DOMESTICACIÓN

Tras la primera ordenanza contra el fútbol de 1314 por alteración del orden público, podemos encontrar alrededor de una treintena de prohibiciones del esférico en diferentes ciudades y condados de Inglaterra hasta 1615. Y es que la popularidad del *folk football* va creciendo en el país, sobre todo entre los jóvenes aprendices a los que les gusta medirse con las autoridades locales y que a menudo ocasionan incidentes relacionados con el juego. ³⁵ En el condado de Middlesex, por ejemplo, catorce individuos son juzgados en 1576 por haberse «reunido ilegalmente» y haber «jugado a cierto juego prohibido llamado *football*, a causa del cual hubo entre ellos un gran tumulto capaz de provocar homicidios y graves accidentes». Según el acta del proceso, los acusados jugaron este partido «con malhechores no identificados en número de cien». ³⁶ En 1608 y 1609 dos ordenanzas de Mánchester condenan el daño causado por «una reunión de personas viles y desordenadas entregadas en las calles a esta diversión ilegal con una *ffotebale*», y mencionan el gran número de ventanas rotas en el transcurso de los partidos que se disputaban en la vía pública. ³⁷

Pero de nada sirve, observan los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunning: «Aunque las autoridades hubieran considerado esta actividad como un comportamiento asocial, entretenerse con un balón siguió siendo durante

siglos —pese a los huesos rotos y las narices ensangrentadas— el pasatiempo favorito del pueblo en la mayor parte del país».³⁸

En Francia, ya en 1319 Felipe V el Largo había ordenado la prohibición de todos los juegos emparentados con la *soule* (*ludos soularum*).³⁹ Carlos V el Sabio tomó una medida similar en 1369,⁴⁰ argumentando la pretendida vacuidad de dicha práctica. La Iglesia católica se movilizó a su vez: en 1440, el obispo de Tréguier, en Bretaña, expulsó de su diócesis a los jugadores de *soule*:

Ha llegado a nuestro conocimiento, informados por hombres dignos de crédito, que en algunas parroquias y otros lugares sometidos a nuestra jurisdicción, se practica en días festivos y no festivos, desde hace ya tiempo, cierto juego muy pernicioso y peligroso, con un balón esférico, grande y potente. [...] Siendo por esta razón que prohibimos este juego peligroso y escandaloso, y condenamos a la pena de excomunión y a una multa de cien *sous*⁴¹ a los miembros de la diócesis, cualquiera que sea su rango o condición, que tuvieran la audacia o la pretensión de practicar el juego anteriormente mencionado.⁴²

Para la Iglesia, se trata de condenar el libre retozo de los cuerpos en la *soule*, así como los partidos desenfrenados que asolan cementerios y lugares de culto, y que terminan incluso en borracheras y francachelas colectivas.⁴³ Y si bien se da el caso de que sacerdotes y canónigos se entreguen a veces furiosamente a estos juegos de pelota en el atrio de las iglesias o en los claustros de las abadías, cuando esto ocurre son rápidamente amonestados por las autoridades eclesiásticas —en concreto por el arzobispo de París en 1512—.⁴⁴ En cuanto a las autoridades civiles, hartas de la efervescencia popular y de los alborotos intempestivos ocasionados por este juego, tratan de prohibir la *soule*, siguiendo el ejemplo del Parlamento de Bretaña que en 1686 ordena la prohibición de ese «juego maldito» en la totalidad de su jurisdicción.

Del siglo XIV al XVIII, las numerosas condenas en contra del balón esférico se inscriben en una tendencia general a la regulación de la violencia en los juegos, íntimamente ligada a la normalización de otras prácticas — alimentarias, sanitarias, sexuales o bélicas—. Para Norbert Elias, esta represión de los juegos populares y, en un sentido global, la generalización del «control de los afectos» en las diferentes esferas sociales de los individuos se hallan íntimamente ligadas a la aparición, ya en el Renacimiento, de una serie de estructuras estatales centralizadas que intentan progresivamente hacerse con el monopolio de la violencia física.⁴⁵ No obstante, los juegos de pelota se encuentran tan profundamente enraizados en la cultura popular que estas prohibiciones emanadas de un poder vertical, monárquico o eclesiástico, afectan solo muy débilmente a dichas prácticas lúdicas.

En lugar de imponer una prohibición pura y dura, algunos señores y notables procuraron en cambio controlar el esférico con el fin de desvirtuarlo, convirtiéndolo en un instrumento de poder de proximidad, al mismo tiempo que contenían los potenciales desbordamientos inherentes a su práctica. Para estos gentilhombres, semejante apropiación de los juegos del pueblo contribuye a la eclosión o a la consolidación de diversos poderes locales, difícilmente controlables por los Estados de Europa, que en aquella época procuraban centralizarse.⁴⁶ En Francia, la *soule* bretona llega a transformarse, a partir del siglo XV, en un derecho feudal, en una obligación de los campesinos para con sus señores. En el municipio de Caden, en el Morbihan, el último casado del año debía al señor de Bléheden «una *soule* de cuero nuevo, una garrafa de vino y un par de panes». Al día siguiente a la fiesta de Saint-Michel, el señor o su representante lanzaba la *soule*, y la recién casada «tenía que cantar una canción para bailar mientras se señalaba el inicio del baile con el lanzamiento de dicha *soule*».⁴⁷ A cincuenta

kilómetros de allí, en Josselin, el último hombre que se casaba hacía la ofrenda de la *soule* el Martes de Carnaval, junto con dos panes, dos garrafas de vino y dos vasos. Si no se seguía el ceremonial, el infractor era condenado a una multa.⁴⁸ Tras la prohibición del juego por el Parlamento de Bretaña, varios señores reemplazaron por una ofrenda religiosa la obligación de presentar la *soule*. Por ejemplo, en 1775, el señor de Cherville-en-Moigné, en la región bretona de Ille-et-Vilaine, exigió recibir el día de Reyes un cirio de media libra en lugar y sustitución «de la *soule* que desde tiempos inmemoriales había sido costumbre ofrecer a sus antecesores».⁴⁹

Aunque los juegos de *soule* perduran mal que bien en el noroeste de Francia hasta el siglo XIX, e incluso hasta comienzos del XX, su represión se recrudece. En 1811, tras la muerte de un hombre durante un partido de *soule* en Corlay, en el departamento de Côtes-d'Armor, el subprefecto eleva al prefecto una queja contra este «juego bárbaro, que una buena administración habría debido prohibir desde hace mucho tiempo. [...] Este desorden y esta confusión permiten a menudo la ejecución de actos de venganza y dan lugar a excesos condenables».⁵⁰ El Segundo Imperio reprime aún con mayor dureza estas prácticas populares. Por ejemplo, en 1857 una orden del prefecto de Morbihan prohíbe el juego en la integralidad del departamento, y la gendarmería montada interviene con frecuencia para interrumpir los partidos de *soule* improvisados.⁵¹ Pero son sobre todo el proceso de individualización de la propiedad agraria y el éxodo rural los que ponen fin a la práctica del juego. La sociabilidad campesina, ligada a la producción agrícola comunitaria, se desmorona a medida que se privatizan las tierras y los pastos colectivos en los que era posible practicar el juego.⁵² El fin de la *soule* en Francia marca el ingreso definitivo de las comunidades rurales en la era industrial.

UN FÚTBOL ENTRE REJAS